

LIBROS.

flamenco, habaneras, fados y, sobre todo, jazz», dice Sílvia con modestia. Con tres añitos empezó a estudiar música en la escuela Rita Ferrer de Palafrugell. A los 12, su padre le regaló una guitarra y aprendió a tocar *Alfonsina y el mar* (papá es un enamorado de las habaneras). Para cuando cumplió 17, Sílvia ya sabía solfeo, piano y saxo clásico. Sólo le faltaba el jazz, que descubrió en el Taller de Músics de Barcelona.

Desde entonces, la chica ha tocado con Llibert Fortuny y los grandes del flamenco, como Duquende, Chicuelo o Rafaela Carrasco. Se ha subido a los escenarios de los principales festivales, de teatros (cantaba en la obra *El*

● Aunque sean unas 'forasteras' del flamenco, Las Migas llevan el duende muy dentro

jardí dels 5 arbres, de Joan Oller) y en lugares tan dispares como la cárcel de la Trinitat o los actos de la diada del 11 de septiembre en el Parc de la Ciutadella. Y hasta ha sido telonera de Paco Ibáñez en el Festival de Cap Roig.

El reciente premio Martí i Pol le anima a seguir por la senda de la composición. «No me lo esperaba, era la primera composición que enseñaba...», reconoce la gerundense. A pesar de su juventud ya le ha dado tiempo a ser madre (su hija ya tiene dos añitos) y sin quererlo se ha convertido en uno de los valores más sólidos de la escena catalana.



Itziar Ziga, en pose 'pantojil', extendiendo el mantón de Manila.

ANTONIO MORENO

Una nueva vuelta de tuerca al posfeminismo 'queer'

Itziar Ziga era camarera. Vivía en una habitación sin ventanas rodeada de su ropa. Había leído a Djuna Barnes, a Virginia Woolf, a Alaska. Quería escribir sobre su religión: el feminismo. Y lo hizo. Luego encontró editorial y publicó dos libros en un año. Esta es su historia. Por **Laura Fernández**

Tiene el pelo lila y bebe gintonic. Dice que Beatriz Preciado es su madrina, su gurú, una de sus mejores amigas. Empezó en esto después de leer *Transgresoras, las mujeres que cambiaron su mundo*, de Alaska. «Una de mis biblias», dice. La otra es *Teoría King Kong*, de Virginie Despentes, su otra madrina. Cada vez que le suena el móvil se acuerda de Manolito Gafotas porque lo que oye es el estribillo de *Campañera*. Elvira Lindo, por cierto, figura en los agradecimientos de su segundo libro en un año (y en sus 35): *Un zulo propio* (Melusina), una antología de textos robados de ordenadores ajenos. Robados a la falta de sueño y los ratos muertos. Itziar Ziga acaba de aterrizar del último encuentro feminista estatal (que tuvo lugar a principios de esta semana, en Granada) y tiene muchas cosas en la cabeza. «Pero muchas», dice. A su lado, Alfredo, al que define como su hermana siamesa, asiente.

«Ahora, desde aquí, te parece todo como muy lejano, pero te das cuenta de que sin todas esas grandes conquistas que ellas hicieron, yo no estaría aquí», afirma Itziar, vasca afincada en Barcelona, «una de las ciudades más queer del mundo», a la que vino a estudiar periodismo. «Porque de pequeña quería ser periodista, sobre todo quería escribir. Y, claro, quería estar buena y ser libre», dice. Militó en la redacción del periódico feminista *Andra* hasta que cerró y fue entonces cuando, animada por Beatriz Preciado, la abajo firmante del brutal *Testo yonqui* (pareja de Despentes y defensora del derribo de todo aquello que huelva a género), se puso a escribir su

primer libro: *Devenir perra*. «Mi idea era hacer un elogio de la ultrafeminidad, más bien explorar el tema, reflexionar sobre ello», recuerda. Lo publicó a principios de año, en Melusina, sello que está apostando por la literatura queer en su sentido más amplio (entre sus próximos lanzamientos figura el *Posporno* de María Llopis, que dará que hablar). «El detonante fue el libro de Alaska, *Transgresoras*. Después de leerlo, me dije: ¿Existe la feminidad extrema y antipatriarcal con la que mis amigas y yo nos identifica-

ca desde el principio de los tiempos con el servir», como apunta la autora en uno de los textos de *Un zulo propio*. «Lo primero que hay que hacer es vencer el miedo. Nos han educado con miedo. Porque enciendes la tele y lo que ves es a una tía rubia huyendo por un bosque, jadeando, y sabes que va a acabar muerta. Pero ¿y si la rubia se diera la vuelta y llevara una sierra mecánica? ¿Quién sería el muerto entonces? En eso es en lo que hay que pensar, porque la calle también es nuestra», dice. «Y basta ya de identificarnos con todo lo malo. Si te fijas, son las mujeres las que han desatado los grandes males del mundo. Eva, Pandora... Somos malísimas», añade.

● El detonante de la literatura de Itziar Ziga fue 'Transgresoras', de Alaska, «una de mis biblias», dice

● «Las mujeres han desatado todos los males del mundo. Desde Eva nos identifican con lo peor»

mos? Y me puse a escribir sobre ello, animadísima por Bea Preciado», insiste Itziar.

Si en *Devenir perra* exploraba la feminidad exaltada (a través de los casos de sus amigas), en *Un zulo propio*, el homenaje a Virginia Woolf es evidente. «Sólo que no hablo de zulo propio refiriéndome a un espacio exterior sino a tener un interior. Pensar en ti como algo único que no está al servicio de los demás», dice. Huir, en definitiva, de la dicotomía que «nos hace mujeres, ese ser que se identi-

ca desde el principio de los tiempos con el servir», como apunta la autora en uno de los textos de *Un zulo propio*. «Lo primero que hay que hacer es vencer el miedo. Nos han educado con miedo. Porque enciendes la tele y lo que ves es a una tía rubia huyendo por un bosque, jadeando, y sabes que va a acabar muerta. Pero ¿y si la rubia se diera la vuelta y llevara una sierra mecánica? ¿Quién sería el muerto entonces? En eso es en lo que hay que pensar, porque la calle también es nuestra», dice. «Y basta ya de identificarnos con todo lo malo. Si te fijas, son las mujeres las que han desatado los grandes males del mundo. Eva, Pandora... Somos malísimas», añade.

Itziar se califica de *ex-dona* (colectivo en lucha contra el rol femenino desde la reinención más absoluta) y anima a cualquiera a reirse del *pantojismo* que acecha «especialmente a las mujeres». «El *pantojismo* es el victimismo sentimental, ese chantaje rastrero que ejercemos a nivel amoroso, sobre todo las mujeres. Lo que proponemos es que, ya que no podemos evitarlo, lo usemos con fines terapéuticos. Teatralizarlo y reírnos un poco de todo», dice. A punto de agotar la primera edición de *Devenir perra*, Itziar asegura que el futuro del feminismo pasa por la alianza entre excluidos, «entre todos los torcidos».



ANTONIO MORENO